

RECUERDOS DE LA PLAZA ALMAGRO.—

La Mano Sin Anillo

El Breve Amor de Carlos Pezoa Véliz

Por DANIEL DE LA VEGA

● JUNTO a los veinte años de Carlos Pezoa Véliz apareció vagamente la figura de una chiquilla que se llamaba Lorenza. En estas mismas páginas, yo escribí, hace cerca de dos años, que sólo se sabía que algunos tardes Carlos y Lorenza se sentaban en un banco de la Plaza Almagro, y hablaban de sus vidas y de sus sueños. Ella era hermana de un amigo de Carlos. Después, éste rió con ese amigo y no volvió a ver nunca más a Lorenza.

No había más datos. Pero este verano yo conversé con don Justino Primo Cavado, y me dijo que había leído algo que yo escribí sobre la juventud de Pezoa Véliz, y que él también tenía algunos detalles.

—¿Conoció usted a Pezoa Véliz? —le pregunté.

—Yo no lo conocí. Pero una día más fue amigo de una niña que conoció a Pezoa, y creo que tuvieron un ingenuo romance.

Yo, ansiosamente, le pregunté:

—¿Y cómo se llamaba esa niña?

—Lorenza Martínez.

—¿Y yo puedo hablar con su tío?

—Quiero usted recoger datos de esa niña?

—Naturalmente.

—Usted puede hablar con mi tío, con la condición de que no diga que escribe en los diarios. Mi tío se asustaría.

Prometí todo lo que don Justino quiso, y fui presentado a la señora. Es una anciana de ochenta años, que habla del comienzo de este siglo como de una maravillosa época de dicha y de bondad. El desorden de sus recuerdos es espantoso. Para indicarme el sitio en donde vivió Lorenza, me habló toda una tarde de un bocado de frutas del país, en el cual el padre de don Justino perdió mucho dinero. La señora cree que yo no me interesaba por los recuerdos de Lorenza, sino por los negocios de la bodega. Me costó mucho sacarla de ese error.

Después me habló con vivo entusiasmo de un señor Bermúdez, que parece que a la señora le gustó mucho hace sesenta años. Con grandes esfuerzos logré hacerle saber que Bermúdez no me interesaba nada. La señora se entristeció mucho al conocer mi indiferencia por Bermúdez, y, algo impacientemente, me preguntó:

—¿Y, entonces, qué le interesa a usted?

—Yo quiero saber algo de Lorenza Martínez.

La señora, melancólicamente, se resignó a hablarme de su amiga. Apuntó detalles que son tan fáciles: lo fatigoso resultó ordenar cronológicamente ese montón de recuerdos, de frases y algunos detalles que después resultaron inútiles. Así supe que una tarde, en la plaza Almagro, en el banco de siempre, Carlos le dijo a Lorenza:

—Le he comprado un anillo.

—¿Un anillo?

—Muy poca cosa. Usted sabe que ya casi nunca tengo dinero. Pero reunió centavo por centavo, como pudo, para que usted tuviera ese pequeño anillo que le diga que en todo momento he pensado en usted.

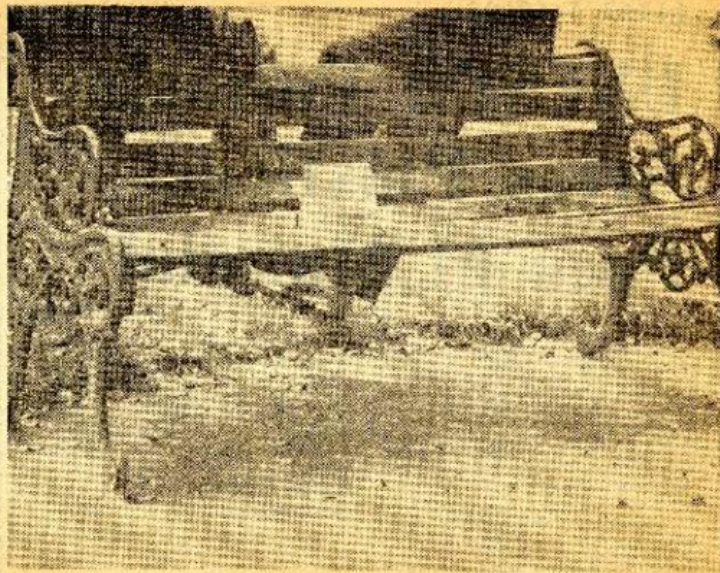
—Gracias, muchas gracias.

Ella estaba conmovida. El no había traído el anillo, porque lo tenía en su casa, y ahora venía del centro.

—Se lo daré mañana.

—Mañana.

Y se separaron mirándose a los ojos.



★ En este banco, en que hoy se refugian los estudiantes, pudo haber nacido el frustrado amor de Carlos Pezoa Véliz.

Esa noche, el hermano le dijo a Lorenza que él se había disgustado con Carlos, y que ella tenía que suspender definitivamente las visitas a la Plaza Almagro. Habló con el padre, hizo órdenes terminantes y una eterna más o menos interminable.

Comenzaba el otoño, con unos días desahogados, que para Lorenza eran muy insupportables. Después de varios días de encierro, una amiga le llevó un papel que le envió Carlos. En ese papel le decía que no debían someterse a los demás, y que fuera en la tarde del día siguiente a la Plaza Almagro.

La amiga le dijo:

—Me contó que tenía muchas cosas que hablar contigo.

Lorenza vio que la vida se le transformaba. Soldó con el pretexto de ir a ver a una amiga enferma. Todo lo dejó arreglado. Pero al día siguiente amaneció lloviendo. Era la primera lluvia del otoño. En la mañana, mirando los hermosos cristales de su balcón, Lorenza tuvo esperanzas de que en la tarde dejase de llover. Pero el aguacero se mantuvo, insistente, y a veces arrojaba con violentos chaparrones. Y no sólo eso: llovió varios días. La calle Eyzaguirre se llenó de grandes charcos. Lorenza la miraba desde la ventana del comedor, y al anochecer eran casi funebres esos veredos solitarios, bajo la fina lluvia que caía en silencio.

Tres o cuatro días después, cuando cesó de llover, Lorenza fue a la Plaza Almagro. Sabía que no encontraría a Carlos, pero necesitaba volver allí. Lo halló todo tan desolado, que no parecía la misma plaza. Con la lluvia las hojas habían caído, y muchos árboles estaban desnudos y negros. La arena de los caminos era oscura, y había pequeñas pozas que daban una sensación de abandono. Vio el huero en donde todas las tardes se sentaban, y sobre el cual habían caído unas hojas amarillas y motadas.

—No se vieron más. Y así tenía que ser, —dice la señora—. Lorenza era una muchacha tímida y resignada. Ella sospechaba que la vida no era más que eso. La soledad de su alma y los charcos de la calle Eyzaguirre. Años y años costando al lado de su madre. Hacían ropa para un lavar de la calle San Diego. Después murió el padre, y las dos mujeres siguieron costando hasta muy tarde en las noches, para vivir estrechamente.

La señora prosigue:

—Una vez yo encontré unos versos de Pezoa Véliz en una revista, y se los mostré. Ella los leyó con mucha atención, y por todo comentario, murmuró: —Sí, él era muy bueno. Quiso decir que él sabía sufrir y callar, que sabía que por la vida se va siempre poco, y que el amor está muy lejos. Mu-

rió su madre y ella continuó su trabajo interminable.

—¿Qué vive aún?

—No, no. Murio muy sola. Hasta mucho tiempo que su hermano se había ido a trabajar al norte, y no se supo más de él. Habiendo que la noche en que llegaba a Lima, toda fuertemente, y no me dejó mucho para llegar hasta su casa. Parece que la lluvia fue la gran amiga de Lorenza. La lluvia frustró la última cita con Carlos, y la lluvia, la noche de su agonia, corrió vertiginosamente como para impedir que sus amigos llegaran junto a la casa de la que moría. Y murió muy sosegadamente. Es indudable que no le importó mucho dejar este mundo que fue tan egoísta con ella. El mundo para ella no fue más que el trabajo y el encierro, los charcos de la calle Eyzaguirre, y el anillo que no alcanzó a recibir. Cuando yo le estaba contando esto a su casa, llamó a su hermano.

—Ya viene —le dije yo.

Ella murmuró:

—No alcanzará a llegar.

Después de un momento de silencio, preguntó:

—¿Lluve?

—Sí —le respondí.

Y ella repitió:

—No alcanzará a llegar.

Yo continué contando. En el techo la lluvia producía un verdadero estruendo. Creí que se había dormido, pero cuando la miré vi que tenía los ojos abiertos. Ya había muerto.

Eso es todo lo que sé de Lorenza. Pero puedo decirle que sufrió mucho, calladita, sin querer confiarle a nadie el trozo de su vida.

No dejó nada. Ni cartas ni retratos. A los veinte años tuvo esa pequeña ilusión de amor, pero al ver que la vida se la quitaba, guardó silencio hasta el último día.

La historia no puede ser más sencilla. Cuello no es historia. Pero yo he querido recogerla, porque es lo único que quedó de esa muchacha que le sonreía a Carlos a los veinte años. En el diario de Pezoa Véliz sólo encontramos unas líneas en que habla de su mala suerte, y dice "hasta he perdido a Lorenza para siempre".

La señora ya me ha dicho que de ella no quedó ningún retrato, y yo le pregunté:

—Pero usted tendrá algún recuerdo, ¿cómo era?

—Era trágica, los ojos grandes y las manos extraordinariamente finas y hermosas.

Eran, pues, extraordinariamente finas y hermosas esas manos que no recibieron nunca el anillo prometido.

La mano sin anillo [artículo] Daniel de la Vega.

AUTORÍA

Vega, Daniel de la, 1892-1971

FECHA DE PUBLICACIÓN

1962

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La mano sin anillo [artículo] Daniel de la Vega.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile